

Lima, 20 de agosto de 1961.

Amigos:

Estoy sentada ante el escritorio que se les brinda a las "visitas" en el Instituto de Estudios Etnológicos del Museo de Historia que dirige el Dr. Luis E. Valcárcel. Desde la mesa, la imagen triplicada del "Incap quipocnin capac, secretario del Ynga y su consejo", me mira simultáneamente desde las ediciones de París, de Posnanski y de Bustios Gálvez, de la *Nueva crónica y buen gobierno* por don Felipe Guaman Poma de Ayala.

Este es mi tercer viaje a Lima. Seguramente esta mesa que comenzó por recibirme como a visita, me ha aceptado ya con cierto carácter de permanencia. Para mí, es tan natural ya el tomar todas las mañanas el ómnibus que va a Plaza Dos de Mayo, llegar al Museo de Historia en Alfonso Ugarte, detenerme ante su fachada de piedra gris pensando en el no descifrado simbolismo de sus figuras, subir al sesgo los anchos escalones de entrada, cambiar saludos con la señorita encargada de la venta de publicaciones, con los ordenanzas, y, antes de tomar hacia la izquierda en la escalera que va al primer piso, detenerme otra vez para admirar las espléndidas figuras precolombinas pintadas en tela, ornadas de serpientes bicéfalas, que se muestran en la pared del descansillo. Una vez en el Instituto, encontrar siempre abierta la

puerta al despacho y a los conocimientos del Dr. Valcárcel. Entrar, para sólo un momento, por temor a molestarlo, a interrumpir sus tareas y... quedarnos horas charlando. ¡Cuántas veces habré lamentado, luego, no haber tomado nota de todo, todo, lo que dijo, porque cada una de esas pequeñas cosas que acota, como al pasar, son síntesis de años de trabajo, de profundo interés por la tierra y el hombre de los Andes, de honda substanciación! Tomar, después, los libros o revistas de un estante de la magnífica biblioteca del Museo, con la única condición expresa por el señor Francisco S. Hurtado, su celoso secretario-bibliotecario, de devolverlos al mismo sitio. Ubicarme en "mi" mesa y una vez allí, contar con la comprensión y valiosa colaboración del Dr. José María Arguedas, etnólogo y folklorólogo de nota, profesor —aquí dicen catedrático— de Etnología en San Marcos y los no menos valiosos informes bibliográficos del buen amigo Mendizábal Losack, brindados con generosa bonhomía.

Y tan natural también, por la tarde, dividir mis tareas entre el Museo Arqueológico de la Magdalena que dirige el Dr. Jorge A. Muelle, contando allí con la cordial acogida y asesoramiento del Dr. Toribio Mejía Xesspe, subdirector del Museo y cercano discípulo del Dr. Tello, fundador de la Arqueología peruana, y la eficaz ayuda del arqueólogo Julio Espejo Núñez, jefe de exposi-

CARTAS DE BECARIOS

ciones e investigación del Museo, —cuya cordial buena disposición agradezco de veras—, y la Sala de Investigadores de la Biblioteca Nacional de Lima, donde me espera “mi” máquina de escribir, el proyector, las diapositivas y empleados atentos a proporcionar cualquier informe bibliográfico, cualquier libro o manuscrito ubicado en alguna de las varias salas de la Biblioteca, sin moverme de mi asiento. Para la Biblioteca Nacional, el tiempo del investigador es precioso.

Tan natural es todo ello y tan cálido, que muchas veces pierdo la noción de la distancia Lima-La Plata —bien medible, lamentablemente, en dólares y kilómetros—, de igual modo como me apropio espiritualmente de esta mesa en el Instituto de Estudios Etnológicos, de la máquina de escribir que me brindan, mientras trabajo, en la Biblioteca.

Claro está que éste es ya mi tercer viaje al Perú. Sin embargo, guardo el mismo recuerdo de cálida cordialidad en el acogimiento de seres y cosas, de mi primera visita, durante enero y febrero de 1959.

Estaba trabajando en cultura andina y el conocimiento directo del terreno y ámbito de vida de aquellos hombres en cuyo pasado trataba de penetrar, se me hacía indispensable. Una beca que seguía un trámite excesivamente lento para mi impaciencia me hizo emprender un viaje lento y económico de prospección, en tren, ómnibus, barco, por el N.O. argentino hacia La Paz, y entrando por el Títicaca, hacia el Perú.

Así es como conocí aquel país que el Dr. Valcárcel ha denominado el “paraíso del antropólogo”. Mis ojos hechos a la ancha extensión de las pampas, se fueron acostumbrando de a poco a la vista de las duras cordilleras nevadas, cuyos picos como el sagrado Misti, se tienden, sin base, sobre los crepúsculos rosas de

Arequipa, o permanecen vigilantes guardando el misterio de las piedras de Machu-Pichu o la corriente sacra del Wilcanota o Wilcamayu —río sagrado—, a la puna inhóspita, donde las “imillas”, pastoras de llamas y alpacas parecen, vistas de lejos, estáticas imágenes de un retablo medieval, detenidas allí a través de los siglos, por algún milagro imposible; a los pálidos desiertos costeros cruzados por ríos paralelos con valles de ensueño. A ese mundo humano, tan distinto del nuestro, que recorre, sobreviviendo simultáneamente, etapas bien alejadas de evolución histórica y ese otro mundo dormido de las “huacas”, cuyo estudio sistemático de conjunto ha emprendido ahora el Patronato de Arqueología, con la entusiasta conducción del Dr. Hans Horkheimer.

A aquel viaje debo también mi primera imagen de Lima, imagen que, pasado el asombro que sigue siempre al primer conocimiento, no ha cambiado demasiado en la actualidad. Antes de llegar, sabía yo que Lima era una gran ciudad, una ciudad moderna; sin embargo, por allí dentro, me negaba a aceptar otra Lima que la ciudad de los virreyes, la ciudad de las *Tradiciones* de Ricardo Palma o, en última instancia, la calma ciudad finisecular donde el tranvía eléctrico irrumpe para quebrar el encanto tranquilo de la “ciudad de las amables viejecitas que se deslizaban, . . . con su paso tácito de ratones, al ras de las paredes”, de aquella ciudad de “aire señorial y caduco, con su sonoro vocerío de campanas”.

Recuerdo la gracia que me hizo el comparar con esta nostálgica evocación de la vieja Lima que escribió Enrique Gómez Carrillo hacia el año 1915, la marea de automóviles que es la Avenida Wilson a medio día, mientras trataba de cruzarla sin excesivos riesgos, en mis primeros días limeños y oía los golpes que

dan los chóferes sobre la carrocería de esos impresionantes Impala que hacen de colectivos, para apurar la impaciencia. Comprendí entonces que también para Lima, habían corrido muy rápidos los últimos cincuenta años.

Sin embargo, buceando, por entre los ritmos de la ciudad moderna, apurada por llegar —¿adonde?—, los muchos contradictorios rostros de la ciudad, sorprendo platerescas volutas en ascenso en frentes, altares y púlpitos de las iglesias; un cambio de guardia frente a la Plaza de Armas con su quedado ceremonial antiguo; la llegada de algún embajador en vieja carroza virreinal; o las antiguas casonas tradicionales donde oigo a las señoras combinar recetas de postres o alabar alguna especialidad regional, los dulces que hacen las monjitas de tal o cual convento, ante muebles incrustados en nácar y ancha mesa ceremoniosa; o, el boato de la colección de tesoros artísticos coloniales en casa de don Pedro de Osma o la de “oro del Perú” de Mujica Gallo, en su residencia de la calle Mendiburu, y no puedo menos que pensar que Lima no ha cambiado tanto. Así, a pesar de que la *señal* ciudad colonial de las estampas de Pancho Fierro con su milagrera sucesión de marineras y tapadas, revive sólo en las paredes del Museo de Bellas Artes de Lima o replica su gracia en los azulejos del salón Pancho Fierro de la casa de don César Revoredo; a pesar de que la Alameda es tan sólo uno de los paseos en la Ciudad Vieja, con columnas y glorietas minúsculas donde quizá aún en alguna noche de luna pálida se paseen abrazadas —gastadas de tanto andar por consejas y decires— las sombras del virrey Amat y la Perricholi; a pesar de que —lo sé— la casa de la Perricholi, donde ella reposara la intimidad de sus enjoyados abanicos, es hoy un cuartel, nada me hubiera sorprendido,

seguramente, en aquellos primeros días, ni me sorprendería ahora, toparme al “voltear” cualquier esquina, con don Dimas de la Tijereta, el escribano aquel que le ganara un pleito al diablo, o, al salir de la Merced, con doña Catalina de Chaves y doña Francisca de Melgarejo, las inolvidables “palomitas sin hiel”. Es que Lima tiene aún, subyaciendo, el mismo aire afiligranado que transita por entre las rejas de los calados balcones salientes de madera de los que aún quedan muchos por las calles limeñas; el mismo aire, entre recatado y pícaro, de chupa, peluca, chapín de seda y mirilla, que inmortalizaran las *Tradicionales* de Palma.

Mi segundo viaje a Perú, esta vez a la costa norte, durante mayo-junio de 1960, fue formando parte de la comisión del Instituto de Filología que, bajo la dirección del profesor Clemente Hernando Balmori, fue hacia los antiguos dominios “yungas” para recoger muestras, especialmente fonéticas, de aquella antigua lengua que tantos términos y topónimos había dejado en el N. O. argentino.

En ese viaje conocimos, no sólo los bellísimos restos materiales de las altas culturas del norte durante nuestras visitas a los Museos de la Universidad de Trujillo, Brüning de Lambayeque y colecciones particulares, sino tocamos, de cerca, la pervivencia y actualidad del alma antigua, en la palabra, modos de ser y de vivir de los hablantes de Eten, de los pobladores de Virú, de la hacienda Bodegones, de la aldea de los Cañares, a quienes, tras cinco horas de viaje por caminos de cornisa tropical, alcanzamos, para un domingo de feria, en Pucará.

También se nos develó el mundo de las “huacas” norteñas, los innúmeros lugares sagrados que en forma de montículos piramidales de adobe, con basa-

CARTAS DE BECARIOS

mento de piedra muchos, son cubiertos religiosamente de tierra, sobre todo en sus partes más vulnerables, por las Universidades que, a falta de otros medios, las preservan así del vandalismo de los coleccionistas de recuerdos o de los huaqueros de viernes santo, ya que no es posible hacerlo de los buscadores de tesoros —“tapados”—, ni de los huaqueros profesionales. Pachacamac, Chan-Chan, con los templos del Sol y de la Luna, recostados sobre la montaña, como cobijados por la piedra y la arena que se desprende en ríos suaves y amarillos, la impresionante mole de la Huaca Colorada, Chiquitoy Viejo, el Complejo Túcume, el Castillo de Facalá, el Castillo de Tomabal en Virú, la Huaca Chotuna, templo según las viejas leyendas de Nainlap, el héroe que llegara desde el norte para poblar la costa mochica, Batán Grande con sus extrañas pictografías propiciatorias, fueron otros tantos misterios abiertos a nuestro interés.

Mientras tanto mi trabajo sobre el problema de la escritura andina se iba organizando. El buceo bibliográfico iba señalando caminos que necesitaban consultas, confrontaciones o comprobaciones en los museos, principalmente de Lima, de Cuzco, de Arequipa, de Puno. Un contrato de investigación que debo a la generosa comprensión del Dr. Danilo C. Vucetich, presidente de la Universidad de La Plata, y a la intervención del profesor Clemente Hernando Balmori, mi director de tareas, me ha permitido este nuevo viaje, con una estada de tres meses —mayo-agosto—, comprendido un paréntesis de casi un mes, durante el cual trabajé en los museos de Cuzco, Arequipa, Puno e Ica. Completará mis actuales estudios, que termino en pocos días más, un cuarto viaje, a principios del año próximo, que he de integrar con una investigación de campo entre poblacio-

nes de culturas conservadoras en la zona norte del departamento de La Paz, en Bolivia, y la visita a los museos del N. O. argentino.

En verdad, pocas veces América hispánica constituye un punto de mira para becarios o investigadores. Tal vez porque creemos, desde Argentina, que sus Universidades son aún demasiado jóvenes en enfoques modernos; en realidad, porque estamos, a pesar de la distancia no excesiva, demasiado aislados y no nos conocemos bastante. Ahora que estoy aquí y he podido conocer y tratar a muchos de los hombres que enseñan en las Universidades peruanas, especialmente en San Marcos, la Universidad Católica de Lima, en la Universidad de Trujillo, en la de Cuzco, la de Arequipa, puedo decir que me merecen un profundo respeto por la amplitud de sus conocimientos, como por su calidad humana. La mayoría de ellos tiene formación europea o la mejor escuela norteamericana y están al día en los avances de la ciencia.

No digo con ello que todos los profesores de las Universidades limeñas —que son las que conozco más— son como ellos, como Luis E. Valcárcel, como Jorge A. Muelle, como Fernando Tola, como Jehan Vellard, José María Arguedas, Alberto Escobar, Luis Jaime Cisneros, José Miguel Oviedo. Tampoco quiero decir que no haya entre el cuerpo docente de las Universidades limeñas quienes se aferren a viejos métodos, a antiguas teorías, en gran parte superadas hoy, no pocas veces por guardar culto a algún investigador desaparecido, cuyos discípulos fueran. . . Pero, ¿no ocurre lo mismo aquí entre nosotros o en la sabia y admirada Europa, y quizá no siempre con igual autenticidad humana?

Sé, amigos, que se preguntarán ustedes, como me he preguntado muchas veces estando en La Plata, ¿por qué, en-

CARTAS DE BECARIOS

tonces, vienen tantos muchachos peruanos a estudiar a Argentina, a otros países de Sudamérica y en última instancia a naciones de habla no hispánica como Brasil, Estados Unidos o el Continente europeo? Hay una respuesta muy simple: Perú está creciendo como nación moderna mucho más rápidamente de lo que podían esperar sus instituciones de enseñanza. En todo el país hay muchos más colegios secundarios —la gran mayoría particulares— de lo que pueden absorber las universidades, a pesar de que en una forzosa necesidad de adecuación, se están abriendo nuevas universidades regionales, tales como la Universidad de Huamanga, la Universidad Comunal de Huancayo o la Universidad de Ica. Si pensamos que suelen presentarse a exámenes de ingreso a San Marcos, hasta siete mil estudiantes y que cantidades similares se presentan a la Universidad de Ingeniería, a la de Medicina, a Agronomía, a Ciencias, y que existe en Lima también la Universidad Católica con numerosos estudiantes y fuera de Lima, las viejas universidades de Trujillo, de Cuzco, de Arequipa, a más de las recientemente formadas y a formarse, nos daremos cuenta, aún sin analizar el problema en su hondo significado de movimiento económico-social, del cambio de estructuras que tal ansia de saber conlleva.

Algo que resulta interesante anotar es la sana competencia que se ha establecido entre las dos Universidades limeñas: la Católica y San Marcos. Los alumnos van a una u otra Universidad —siempre que no se trate de niñas cuyas mamás opinan que queda mejor ir a la Universidad Católica— porque les interesa cursar con tal o cual profesor. Así, por ejemplo, en Estilística, la Católica se enorgullece de Luis Jaime Cisneros y San Marcos, de Alberto Escobar. Se trata, entonces, de elegir y, luego, de ser fiel. He

visto cosas que realmente emocionan, en materia de fidelidad a las enseñanzas de un profesor, de un maestro: alumnos que a punto de recibirse, se quedan sin rendir una materia para no cursarle a otro profesor, a la espera de que el maestro que ellos eligieron y cuyo especial enfoque ha hecho prácticamente que eligieran la carrera, vuelva del extranjero a donde ha ido con una beca o un contrato. Tal es el caso, por ejemplo, de alumnos de Alberto Escobar, quien está en estos momentos en la Universidad de Ithaca.

Alguna vez, al cruzar el Parque Universitario en dirección a San Marcos, sorteando la más abigarrada floración de vendedores de las mil cosas que ha elaborado el ingenio regional para complicar el estómago o la diaria y civilizada costumbre de asearse, al ver al frente, el bajo y tendido edificio colonial pintado de rosa, sus anchos portones que abren a viejos patios conventuales con su fuente en medio —para bañar allí, dicen, a los malos profesores— o, al subir, una vez dentro, los peldaños de madera que desde el 12 de diciembre de 1576, en que el virrey Toledo fundara la Universidad secular con el nombre de San Marcos, ascendieron cuatro siglos de estudiantes y profesores, encuentro clases y más clases que se dictan ante aulas llenas de alumnos, pienso en las dos cátedras de gramática más una de quechua, tres de filosofía, tres de teología, tres de leyes, dos de cánones y dos de medicina —de las cuales funcionó, al principio sólo una—, instituidas, a semejanza de la Universidad de Salamanca, en esta primera Universidad secular de Sudamérica. Pienso en todo ello y la misma desazón me nace como cuando comparaba, en mis primeros días de Lima, el ancho río de automóviles de un mediodía en la Avenida Wilson, con la instalación amenaza-

CARTAS DE BECARIOS

dora del Progreso —con mayúscula— en figura del primer tranvía eléctrico añorada por “Cabotín”, al mismo tiempo que siento que los cuatro siglos no han co-

rrido en vano para nuestra América.

Cordialmente

Nina Sager